

Presentación de Perlongher. Salidas de sí mismo

*Oswaldo Baigorria**

“Las formas del éxtasis” fue el título del curso que Néstor Perlongher, Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires y master en Antropología Social por la Universidad de Campinas, dictó en 1991 en el Colegio Argentino de Filosofía (CAF), durante su último viaje a Buenos Aires. Ya había recibido un inesperado diagnóstico de sida en París, donde realizaba su posgrado sobre el culto del Santo Daime bajo la dirección del sociólogo Michel Maffesoli; ya había abandonado este proyecto para regresar a San Pablo, donde residía desde 1982. En las cuatro reuniones que abarcó el curso, Perlongher desplegó los saberes adquiridos a partir de su interés personal en una religiosidad pagana centrada en experiencias con plantas de poder. Y en medio del avance indetenible de su enfermedad, elaboró –allí y en unos pocos artículos publicados en París, Curitiba y Buenos Aires– los resultados de una deriva que lo había llevado de ser un referente esencial de la revolución sexual en la Argentina de los años ‘70 a viajar por ríos selváticos hasta una comunidad del Amazonas donde se bebía ayahuasca, se danzaba y se cantaba himnos panteístas en ceremonias que duraban toda la noche.

Podría entenderse a ese pasaje como la última etapa de un sondeo en la disolución del cuerpo individual en la continuidad del ser; de hecho, Perlongher en varios lugares hace referencia a esta idea de Bataille. Del erotismo de los cuerpos disueltos transitoriamente en la orgía –implícito en la “doctrina” de la liberación sexual– había saltado al torbellino sacro de una fusión ilimitada en el cual la ruptura de la discontinuidad personal prometía ser definitiva. Y el vehículo era un preciso tipo de sustancia, ingerida en un determinado contexto ritual.

Vemos aquí que el misticismo es centralmente corporal; no hay apenas un viaje abstracto, en teoría, sino una vivencia que afecta físicamente al viajero (la asociación entre cuerpo místico y cuerpo sin órganos, que Perlongher desarrolla en torno a la imagen del *Éxtasis de Santa Teresa* de Lorenzo Bernini, también se apoya en algo más íntimo que las reiteradas lecturas de Deleuze y Guattari; constata la materialidad de un intento de salir de sí, extralimitarse, forzarse y expresarse más allá de la regimentación orgánica). En vez de cerrar, obturar y enviar al interior de la mónada individual todas las conexiones de los órganos, en la fiesta chamánica el cuerpo se abre, se conecta a otros en un ensamble colectivo. Todos los flujos orgánicos, incluidos los vómitos, ya no provienen de interiores privados, tóxicos, vergonzantes: forman parte de un agenciamiento grupal que los vincula al exterior. Y al estirarse más allá de lo que le permite su destino orgánico, el cuerpo se hace místico, infinito, “uno con el cosmos”.

En cuanto a la defensa del ritual religioso como agente estructurador de la vivencia extática, en oposición a una experimentación “salvaje” con sustancias psicoactivas, también está cimentada sobre un trayecto que es tan literario como personal. La ayahuasca, yagé o yagube (*Banisteriopsis caapi*), liana amazónica macerada y mezclada con otras plantas que aumentan su poder –en el caso del Santo Daime, con el arbusto chacruna o rainha (*Psychotria viridis*)–, fue abundantemente probada en la década del 1950 por escritores beatniks que influyeron sobre Perlongher, como William Burroughs y Allen Ginsberg, quienes documentaron sus incursiones en *Cartas del yage*. El testimonio de Burroughs en el mencionado libro abona la advertencia de Perlongher sobre

* Profesor Titular del Taller Anual de la Orientación en Periodismo en la Carrera de Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

el uso de sustancias sin relación con el ritual que las sostiene: “Era como dormirse con éter o cuando uno está muy borracho, se acuesta y la cama da vueltas. Me esforzaba por salir de ese embotamiento y mareo y repetía sin cesar: ‘lo único que quiero es salir de aquí’”, relata Burroughs, nauseado, luego de tomar barbitúricos para escapar de esos efectos indeseables.

Si Perlongher traza una incisiva distinción entre el éxtasis místico y el consumo de lo que la modernidad denomina drogas (o “sustancias inductoras del éxtasis para una experiencia sin doctrina”) es porque percibe que la experimentación en sí misma, en un contexto desacralizado –aun en el caso del uso contracultural de fórmulas como el ácido lisérgico, que apunta hacia un “dejar de ser lo que se es” en la sociedad convencional– tiende a derrumbarse en un abismo al carecer de un plano abstracto en el cual tomar sentido. Es decir, el éxtasis tendrá que encontrar una forma que exprese y potencie su fuerza.

La díada fuerza/forma, o la relación entre experiencia y doctrina, permitiría pensar al liberacionismo sexual de años previos como el paso primero e imprescindible de una exploración de los límites del cuerpo que luego habría derivado hacia modos más radicales de abandono de sí. De la liberación del deseo a un anhelo de liberarse de todo deseo. Quizá al capturar una liana amazónica para dar su salto místico, Perlongher tuvo visiones lumínicas de aquel “abandono del cuerpo personal” que aparece en su artículo *La desaparición de la homosexualidad*, de 1991, donde examina el grado de saturación al que habían llegado en la década anterior las vías sexuales de escape intensivo. Un año más tarde, sus restos bajaban a la tierra del cementerio de San Pablo en medio de una ceremonia organizada por los adeptos al Santo Daimé. *Aguas aéreas*, su último libro de poemas publicado en vida, estaba precisamente dedicado al Centro Ecléctico de Fluyente Luz Universal Flor de las Aguas, nombre formal de la iglesia que le había abierto las puertas al conocimiento de la experiencia de éxtasis desarrollado en estas páginas.